



Un Vistazo Católico al Debate Migratorio y las Relaciones entre México y Estados Unidos

*Excelentísimo Mons. José H. Gomez
Arzobispo de Los Angeles
Presidente, Comisión sobre Migración, Conferencia de Obispos
Católicos de Estados Unidos*

*Catholic University of America
21 de marzo del 2011*

Quisiera agradecer al Arzobispo Romo, a su excelencia el señor Embajador Sarukahn y al Secretario de Estado adjunto de Población, Refugiados y Migración, *Eric Schwartz* su participación en el programa de esta noche.

Estamos en un momento muy importante en las relaciones entre México y Estados Unidos. Quiero hablar esta noche, de esa relación especialmente en lo que se refiere a la migración entre nuestros países pero específicamente sobre el debate migratorio aquí en Estados Unidos.

Esta noche tengo tres objetivos básicos: primeramente, quiero delinear lo que yo considero las razones que causan la migración entre México y Estados Unidos. Segundo, quisiera explicar la posición de la Iglesia en este tema. Finalmente, quisiera hacer algunas sugerencias y observaciones en el tema dentro del contexto de los principios católicos.

Para comenzar, me gustaría decir dos cosas. Primeramente, que este es un tema muy personal para mí, porque soy un inmigrante, nacido y criado en Monterrey, México. Mis antepasados han estado en Texas desde 1805, cuando todavía era una provincia de España. Aun tengo familia en los dos lados de la frontera.

Soy además, orgullosamente ciudadano estadounidense. Amo este país y los valores en los que se edificó para promover y defender.

Necesito además señalar algo que ya todos sabemos. No soy político, diplomático, ni mucho menos un experto en economía global. Soy un arzobispo católico. Esto quiere decir que soy un sacerdote, pastor de almas. En este y cualquier otro tema, mi preocupación es ser fiel al Evangelio de Jesucristo y defender y promover la dignidad de la persona humana, hecha a su imagen y semejanza.

No tengo soluciones técnicas, ni análisis con estadísticas que ofrecerles. Pero sí creo que la Iglesia tiene una perspectiva única e importante que ofrecer en este debate.

Pero antes de hablar de ello, quisiera delinear muy brevemente lo que yo considero que son primordialmente las raíces que causan esta crisis migratoria entre nuestros países.

Para mí, es un problema radicado en los procesos de una economía globalizada.

La globalización ha abierto puertas y oportunidades para negocios y trabajadores. Pero también ha creado nuevos problemas en las relaciones entre nuestras naciones. El mayor problema es que, mientras hemos creado leyes y políticas que gobiernan el flujo del capital y productos, no hemos creado los acuerdos necesarios para el movimiento de trabajadores.

Por ejemplo, El Acuerdo de Libre Comercio Americano, mejor conocido como NAFTA (North American Free Trade Agreement) eliminó tarifas y restricciones en el intercambio de productos entre México, Estados Unidos y Canadá. Pero se olvidó de incluir un tratado en la movilidad de personas.

Divisas, productos, capital y otros recursos se mueven constantemente entre nuestras naciones. Pero las personas – los hombres y mujeres que hacen el trabajo –no pueden seguir este movimiento. En la nueva economía global, hay muchas protecciones para los negocios y las instituciones financieras, pero muy pocas para los trabajadores.

La globalización ha expuesto – y en mucho casos agudizado—la inequidad económica latente dentro y entre nuestras naciones. Sencillamente, mientras en Estados Unidos los trabajadores continúen ganando en una hora, el salario que en México y otras partes de Latinoamérica les lleva una semana, van a continuar, por cualquier medio necesario, emigrar hacia este país.

Este es mi primer punto. La causa principal que impulsa la migración entre nuestros países es económica. Ya las gentes no escapan tiranías o persecución sino que más bien buscan trabajo y mejores oportunidades para ellos y sus familias.

Mi segundo punto es: La posición de la Iglesia católica en cuestiones migratorias no cae dentro de un contexto de políticas o economías. Más bien, está muy arraigada en la visión de la sociedad humana que Cristo nos enseñaba.

Desde Pentecostés, la Iglesia Católica es una familia de naciones. Por definición, la Iglesia es “universal,” una familia de diferentes nacionalidades, gentes y lenguas.

De hecho, la Iglesia Católica en Estados Unidos es sólo un minúsculo ejemplo de lo que Jesús instituyó para su Iglesia. En este país, somos una Iglesia con casi sesenta (60) grupos étnicos – con presencia de Asia, África, el Medio Oriente y Latino América. Más de un-tercio (1/3) de los católicos en este país son hispanos.

Desde el punto de vista de la Iglesia católica y ante los ojos de Dios, nadie es extranjero. Además desde la práctica, la inmigración entre México y Estados Unidos es para nosotros un tema de religiosidad y familias. Porque la mayor parte de estos inmigrantes, son católicos, nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

La posición de la Iglesia en estos temas empieza con el mandato de Cristo de pregonar la Buena Nueva del amor de Dios a todos sus pueblos.

Lo que mucha gente no se ha dado cuenta es que el mismo Jesucristo fue inmigrante y refugiado.

Las Sagradas Escrituras nos cuentan que Jesús, María y José fueron forzados al exilio en Egipto cuando Herodes buscaba matarle.

El Santo Padre Benedicto XVI nos decía:

En el drama de la Familia de Nazaret, obligada a refugiarse en Egipto, percibimos la dolorosa condición de todos los emigrantes... las penurias, las humillaciones, la estrechez y la fragilidad de millones y millones de emigrantes... La Familia de Nazaret refleja la imagen de Dios custodiada en el corazón de cada familia humana, si bien desfigurada y debilitada por la emigración.ⁱ

Estas hermosas palabras de preocupación reflejan la tradición de la Iglesia proveniente de las Escrituras.

Los cristianos siempre han practicado la hospitalidad. La Iglesia siempre ha defendido al extranjero y cuidado al inmigrante. Hasta los emperadores Romanos, quienes odiaban a los Cristianos, se sorprendían por su “benevolencia con ellos”ⁱⁱ

Los católicos nos preocupamos por los inmigrantes porque Jesús así nos instruyó. Porque además nos enseñó que debemos encontrarle y servirle auxiliando a los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas, porque sirviendo a aquellos que están hambrientos y desvalidos, enfermos o en la cárcel, le servimos a Dios mismo.

Refiriéndose a inmigrantes y refugiados nos decía: “Fu extranjero y me recibisteis... En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,35-40).

En el transcurso de 2000 años, la Iglesia ha desarrollado todo un tema de enseñanza social basado en los principios y valores del Evangelio. Desearía que mucha más gente conociera la enseñanza social de la Iglesia – incluyendo más católicos. Porque esta enseñanza es una verdadera contribución a la civilización humana. Nos ofrece una visión extraordinaria de cómo la sociedad puede funcionar por el bien común y la dignidad de todas sus gentes.

En el tema migratorio, la Iglesia tiene tres principios básicos:

El primero es que la familia humana es una, con diferentes etnias, esparcida en diferentes continentes, regiones y separada por fronteras. Dios ha creado una sola familia.

Asimismo, Dios no creó las cosas buenas de esta tierra – sus recursos naturales y oportunidades – solamente para los más privilegiados. O solamente para algunos en algunos países. Dios creó todo lo bueno para ser compartido por todos, sin importar donde nacimos o donde residimos.

El segundo principio es la santidad de la persona humana y las familias. Nuestro derecho a la vida nos viene de Dios. Ese derecho no depende del capricho de políticos o gentes poderosas. Es un don de Dios. Y ningún hombre, institución ni circunstancia puede justificar la negación de este derecho.

En ese derecho inalienable de las personas, debemos notar que la enseñanza de la Iglesia es consistente con la Declaración de los Derechos Humanos adoptada por las Naciones Unidas en 1948 y en los principios de los derechos del hombre y ciudadanos en la declaración de la independencia de Estados Unidos.

Para nosotros, el derecho universal a la vida, la libertad y la búsqueda de una vida mejor implica el derecho a emigrar – a dejar nuestro país si no hay otra opción, a encontrar una mejor vida para nuestras familias y para nosotros mismos. En un mundo dividido por la guerra, hambrunas, persecución y una economía dislocada, la inmigración se vuelve la única garantía de sobrevivencia.

El tercer principio de la Iglesia es que los gobiernos tienen derecho a controlar la migración a sus países y a defender sus fronteras. Esto es importante. Esto significa que las naciones deben contemplar su seguridad e intereses económicos en la toma de decisiones sobre quiénes y cuántas personas ingresan a sus países. Esto significa que los inmigrantes deben respetar las leyes de los países a los que emigran.

Pero también, la Iglesia enseña que la soberanía nacional nunca debe utilizarse como excusa para negar los derechos de las personas necesitadas y decentes que buscan su sustento. Ningún país puede negar este derecho humano básico para migrar especialmente injustificado por temores exagerados de seguridad nacional, o egoísmos por temores a la pérdida de empleo y estándares de vida.

Estos son los principios de la Iglesia. Basados en estos principios, los obispos americanos han apoyado una reforma amplia e integral de nuestras políticas de inmigración que asegure nuestras fronteras y permita a los inmigrantes indocumentados la oportunidad de obtener la residencia permanente y ciudadanía eventual.

Basados en estos principios, los obispos también iniciaron la campaña "*Justicia para los inmigrantes*". Y en enero del 2003, los obispos de Estados Unidos y México publicaron una importante carta pastoral conjunta llamada "Ya no Somos Extranjeros".

Todas estas iniciativas tienen por objeto dar respuesta a la crisis que enfrentan nuestros países. Se las recomiendo. Creo que encontrarán en ellos muchas propuestas concretas que podrían ser aceptadas por todas las personas de buena voluntad.

Como último punto esta noche, me permito ofrecer algunas observaciones sobre la actual situación de estancamiento que hemos alcanzado en el debate sobre la inmigración en este país.

Entiendo la frustración política sobre esta cuestión. Ha habido falta de liderazgo --- falta de liderazgo que cruza las líneas de partidos políticos. Las razones para el estancamiento sobre este tema son comprensibles, desde un punto de vista político. Pero desde un punto de vista moral, los resultados son intolerables e inexcusables.

Una vez más, yo no soy un político, soy un pastor de almas. Como pastor, estoy profundamente preocupado por los costos de este *impase* en las vidas de millones de hombres, mujeres y niños.

No sólo las almas de los 12 millones de indocumentados que viven en los márgenes de nuestra sociedad. Me preocupa su salud física, moral y espiritual. Cuando eres un extranjero en tierras extrañas – no deseado – se vuelve presa fácil de explotación. Pero mucho más que eso. Cuando un extranjero es rechazado, se vuelve más difícil mantener la identidad cultural, su brújula moral, su religión, su dignidad. Empieza uno por creer lo que dice la gente – que no sirves para nada bueno.

Pero también me preocupa nuestro tejido social y debate cívico. Ahora mismo en este país, hay mucha gente -- *mucha gente buena* – diciendo cosas que no deberían decir acerca de los inmigrantes. Su enojo y frustración es comprensible. Pero su retórica y muchas de sus respuestas políticas no son dignas de la orgullosa historia de Estados Unidos de ofrecer un destello de esperanza para los pobres y perseguidos del mundo.

Nuestras políticas actuales de aplicación – las detenciones y deportaciones – son una tragedia humanitaria. Estamos destruyendo familias en nombre de la aplicación de nuestras leyes.

Es cierto que muchos inmigrantes están ilegalmente en el país. Me molesta. No me agrada cuando se hace caso omiso de nuestras leyes. Apoyo castigos justos y adecuados... Pero ahora mismo, estamos imponiendo sanciones que dejan a esposas sin sus esposos, niños sin padres. Estamos deportando a padres y dejando a las madres solteras criando a sus hijos con muy poco o ningún ingreso.

Somos mejores personas. Siempre hemos sido nación de justicia y derecho, pero también hemos sido un país compasivo y generoso. Podemos encontrar una mejor manera y personalmente creo que comienza con la enseñanza de la Iglesia católica. Podemos comenzar por ver a los inmigrantes como seres humanos. Como madres y padres. Como hijos de Dios.

Prácticamente hablando, me gustaría ver una moratoria a nivel local y estatal en términos de legislación migratoria. Y ya como los obispos norteamericanos lo han solicitado, me gustaría ver un fin a las políticas de deportación.

Tenemos que promover protecciones a los migrantes más vulnerables: niños y mujeres, que suelen caer presa de los traficantes sin escrúpulos y otros. También necesitamos reformas para expedir visados, especialmente para aquellos inmigrantes ilegales que ya tienen familias en el país.

Me gustaría además, ver a nuestros dos gobiernos iniciar un diálogo sobre los temas causales que impulsan la migración. Tenemos que encontrar formas de estimular reformas económicas y de desarrollo en toda América Latina, especialmente en los países más pobres de la región. Tenemos que encontrar formas de desarrollo económico para que los mexicanos no se vean forzados a abandonar sus hogares en busca de empleo en otros países. Es especialmente importante que trabajemos para promover la agricultura y la pequeña empresa.

Todas estas medidas harían una diferencia real en las vidas de millones de personas. Pero son sólo temporales. Necesitamos la voluntad política para resolver y reparar nuestro actual sistema migratorio. Tenemos que encontrar la manera de hacer al extranjero uno más de nuestros conciudadanos.

Creo que los inmigrantes de hoy – al igual que las generaciones anteriores, son la esperanza para la América del mañana.

Hermanos y hermanas, agradezco su atención esta noche. Estoy muy agradecido por todo lo que están haciendo – y continúan haciendo -- para promover la causa de la dignidad humana y el bien común en todos los aspectos de las relaciones entre nuestros dos países. Estoy deseoso de continuar nuestra conversación.

ⁱ Message for 93rd World Day of Migrants and Refugees (2007).

ⁱⁱ See the comments of Julian the Apostate in Macmullen and Lane, *Paganism and Christianity, 100-425 C./E.: A Sourcebook*, 271-272